

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN

PALMA ALTA, 32 DUPLICADO

15 CENTIMOS NÚMERO SUELTO

Nada de cientos ni miles
del fondo de los reptiles.

Más escuelas y canales
que toros y generales.

Las empresas ferroviarias
tendrán censuras diarias.

A CORRESPONSALES Y VENDEDORES

25 Números, 2,50 pesetas.



PUNTOS DE SUSCRIPCIÓN
EN LAS PRINCIPALES LIBRERÍAS

Más pan y más azadones
que fusiles y cañones.

Abajo las cesantías
de ministros de tres días.

Ve EL QUIJOTE madrileño
todo enemigo pequeño.

A CORRESPONSALES Y VENDEDORES

25 Números, 2,50 pesetas.

NÚMERO ATRASADO, 30 CENTIMOS

ESTE PERIÓDICO SE COMPRA, PERO NO SE VENDE

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

EN MADRID... { Un mes..... 1 pesetas.
 { > trimestre..... 2,50
 { > año..... 10

FUNDADOR

EDUARDO SOJO

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

EN PROVINCIAS. { Un trimestre..... 2 pesetas.
 { > semestre..... 6
 { > año..... 12

LA SANTA... ESTUPIDEZ

—Por la derecha. Eso lo ordenó el Divino Salvador. Y así debemos conducirnos. España está dando ejemplo de la más santa resignación cristiana. Ya debiéramos vestir todos los naturales de España túnicas y hábitos de fraile, y en vez de fusiles, sables y bastones, llevar hisopos, cruces, rosarios y enormes cirios.

—¿Por qué, Sancho?

—Por nada... por nada, hombre, por nada—como dice con gracia Lucrecia Arana en *La viejecita*—porque juego, porque bebo, porque hago el amor a las mujeres, sin mirar que son casadas; por nada, hombre, por nada.

—Como no te expliques, no te entiendo.

—Pues digo que dije lo que dije... de que más que pueblo somos un convento, una cofradía o un montón de sacristanes; porque casi nada es lo que nos pasa. Supóngase vuesa merced que un español escribe particularmente una carta, en la cual el hombre hace a un su amigo confianza de ciertas cosas, juicios muy íntimos, reservadísimos pareceres, dudas o sospechas acerca de que el gran Mac... Macuco iba a decir, Dios me perdone. El gran Turco, no es lo que parece, no es tan listo como parece, ni tan formal como pudiera creerse... y tenemos la desgracia de que unos bribones roben la carta y la publique y se ofenda el gran Pachá norteamericano.

—Pues el Gobierno, la prensa, todos los españoles, debemos de pedir perdón, y hasta hacer función de desagrazios, como los que se hicieron acá, cuando la Gloriosa, por las palabras tontas de aquel señor Suñer y Capdevila... y cuando Echegaray habló de la trenza.

—Primera prueba de nuestra resignación, la dada a consecuencia del lío de la carta.

—¿Pero qué querías que hiciéramos, Sancho?

—¿Y eso me lo pregunta vuesa merced?

—Sí. Quiero saber lo que tú hubieras hecho.

—Marranos, hubiera dicho: No es persona hidalga aquella que persigue a otra, ni la que abre carta que no es suya, ni la que marcha ocultándose tras de las puertas... Todos tenemos obligaciones públicas, por así decirlo... Debemos dominar y ocultar la antipatía, el odio, la mala impresión que, sin poderlo nosotros remediar, nos causen las personas... Pero así como es imposible, y aunque para impedirlo pongamos nosotros voluntad, es imposible que en nuestro cerebro surjan pensamientos de censura, de crítica, y sentimientos de antipatía en nuestro corazón... Cuando queremos manifestar a un amigo querido nuestros más íntimos pensamientos y los sentimientos más ocultos que alguien o algo nos inspira, hacemos una confidencia; nadie, pues, tiene derecho ni aun a intentar la violación de esta confianza. Sólo abre un sobre cerrado y una puerta cerrada de carta y de casa que no es suya, y para conocer y penetrar en las cuales no le ha autorizado el dueño, nadie más que un canalla. Y puede afirmarse que aquel que de tal villanía se aproveche... no podrá ostentar el título de noble y delicado. Hará lo que hace el que halla dormido a su enemigo y le hiere por la espalda. Una obra útil... Pero ¿os atreveréis a glorificarla?

—Bueno, pues nosotros hemos pedido perdón a los

yankees... a los cuales no debimos ni responder sino con desprecio... como se hace con los que escriben y con los que prestan atención a los anónimos.

—¿Quiere vuesa merced mayor ejemplo de resignación todavía?

—Venga.

—Pues lo ocurrido con el *Maine*. Va este barco cargado de dinamita y de pólvora «y otros comestibles» como el que va a una mera visita de cortesía... ¿Estamos? Se inflaman las materias inflamables que llevaba, y el barquito vuela.

Pues hemos tenido no sólo que oír la manifestación de una repugnante sospecha: la de...

Nosotros no repetimos esto, indigno y repulsivo. Además de necio...

Aun si hubiera sido toda la escuadra de la vista baja, podrían haber apoyado en algo la sospecha los canallas que tal picardía han dicho en sus papeluchos. ¿Pero no es necio pensar que por un barco solo... y para luego negar que lo habíamos hecho?

Cuál es nuestra conducta... temerosa, adulatora; hoy leemos, ignoramos sea cierto, hoy leemos que han obligado al comandante del *Vizcaya* a vestir de paisano, luego se nos dice que nuestro cónsul fué silbado por los yankees y que aguantó la pita.

Y nosotros resignados, pacientes y repitiendo: «Más sufrió por nosotros el Señor».

Para esto más valía que hubiéramos puesto tienda y bazar de colonias y ya estaríamos sin vergüenza, como estamos, pero con dinero.

Cuba, ochocientos millones. Precio fijo.

Puerto Rico, cuatrocientos.

Última novedad. Filipinas repacificadas, mil millones. Para gemelos de camisa las Canarias, Baleares, el reino de Valencia, y, en fin, nosotros mismos ajustándonos para barrer las calles de Lisboa.

España líquida. ¡Ande el barato! A real y medio provincias. Hagamos esto, por lo menos remediaremos el hambre; ya está el trigo a sesenta reales. ¡Ande el barato!

Y no sólo debemos vender tierras sino hombres.

Una marica vieja... ¡Sarasá!

¡Un espanta pájaros! Martínez Campos.

Un peine... con púas...

Un gigante de ferias...

Un lagarto dormido.

Un redomadísimo pillo, del cual ya algunos sabemos de qué pie cojea.

Un rabula.

Un puñal florentino.

Un montón de yernos, sujetos muy osados e ignorantes.

Un San Germán... acaparador.

Un Labra... Dulcamara.

¡Ande el barato... escojan piezas, que todas son de cuentos!

Y este Pidal, de porcelana y con asas, puede recibir todo lo que en él eche Silvela...

Y vendamos esta morralla... puede que al fin nos quedemos en España descansados y sin mancilla.

—¿Cuántos?

—Dos; vuesa merced y yo. D. Quijote y Sancho Panza, y esto porque Cervantes nos hizo eternos.

QUISICOSAS

—¿Qué entiendes tú por política?

—Hombre, si te he de ser franco,

la política española á un Carnaval la comparo; porque hay trajes de carlistas, de pollos antequeranos, de silvelistas con daga, de socialistas templados, de sagastinos, y hay trajes también de republicanos. Y como sé que en política el disfraz es necesario, por eso mismo en mi casa tengo esos trajes guardados, y cuando cambia un gobierno también yo de disfraz cambio, y en el gran baile político, al son que me tocan bailo.

**

En casa de una cubana hubo un incendio voraz, y un amigo de la dueña fué el incendio a sofocar; pero en lugar de echar agua lo que echaba era aguarrás. ¡Como este amigo en el mundo cuántos amigos habrá!

**

—Estoy despedido, amigo; de lo que haré no respondo, porque un hombre despedido es capaz...

—¿De qué?

—¡De todo!

**

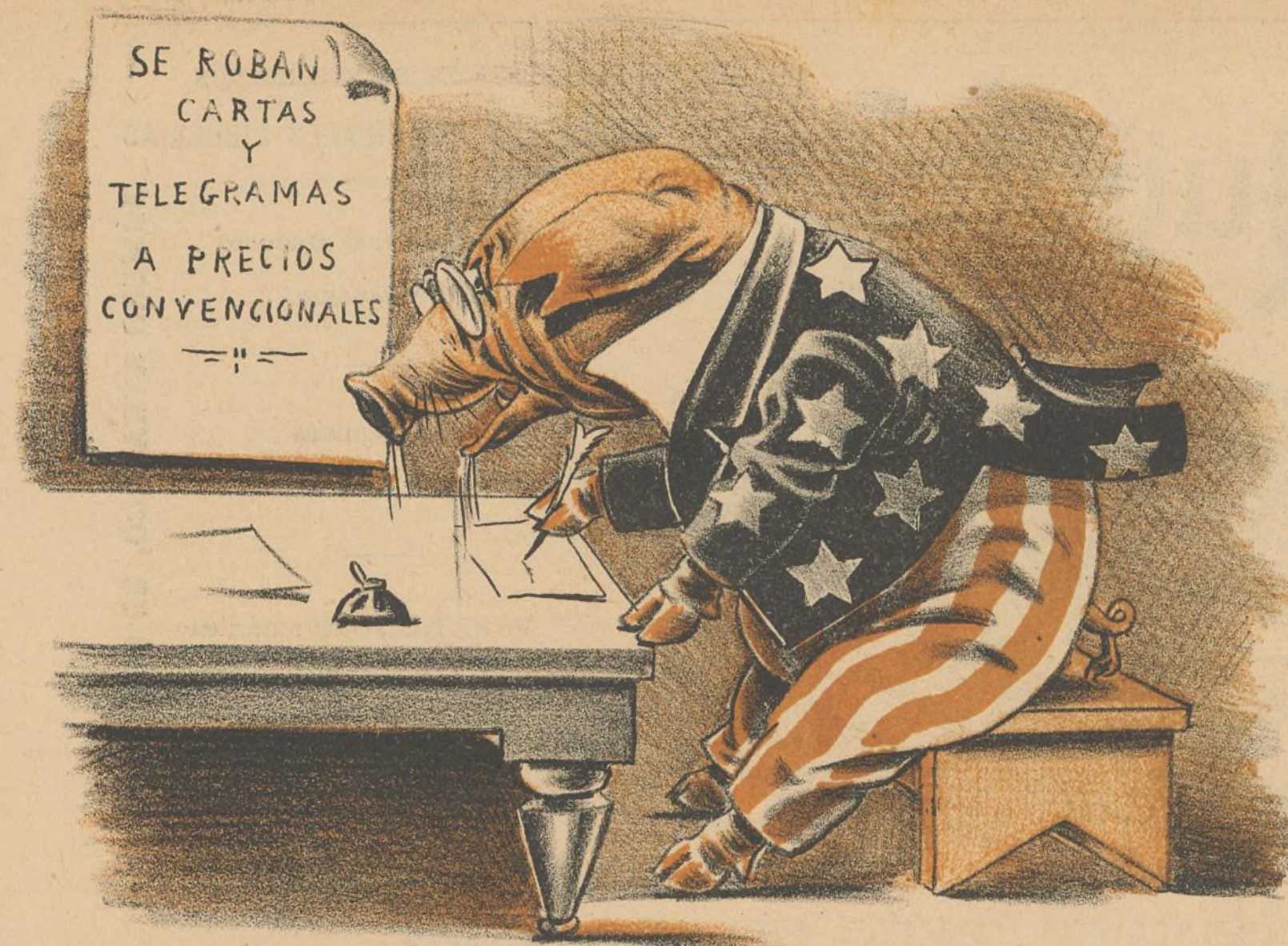
La catástrofe del *Maine* todos debemos llorar, y si algunos *jingoes* dicen que una mano criminal ha sido la que ha podido tantas víctimas causar, es porque ellos son capaces de hacer eso... y mucho más.

VICENTE RUBIO.

¡POBRE JUAN!

Aún no hacía dos días cabales que Juan habitaba este mundo, cuando su padre, albañil de oficio, cayó a la calle desde lo alto de un andamio, quedando muerto en el acto. Hubo sus más y sus menos sobre si el andamiaje era demasiado estrecho y mal seguro; pero de las averiguaciones practicadas resultó demostrado, con evidencia, que el padre de Juan se hallaba aquel día en completo estado de embriaguez, por más que en su vida hubiese probado el vino. Cuando la pobre mujer, repuesta apenas de su alumbramiento, supo la desgracia, enfermó gravemente y murió a los pocos días.

A falta de madre material, la madre administrativa se hizo cargo del niño. El tierno Juanito ingresó en un asilo encomendado al celo y diligencia de la Diputación provincial. Por un verdadero misterio, con sus asomos de milagro, pudo sobrevivir la criatura a los cuidados que allí la prodigaron. Como la Diputación no pagaba a la nodriza, los niños perecían de hambre. Todos los acogidos contemporáneos de Juanito tuvieron tan miserable fin. Sólo Juanito se salvó. Así es que los defen-



Oficina yankee.



Batalla de flores.



Una nueva conquista de la iglesia.



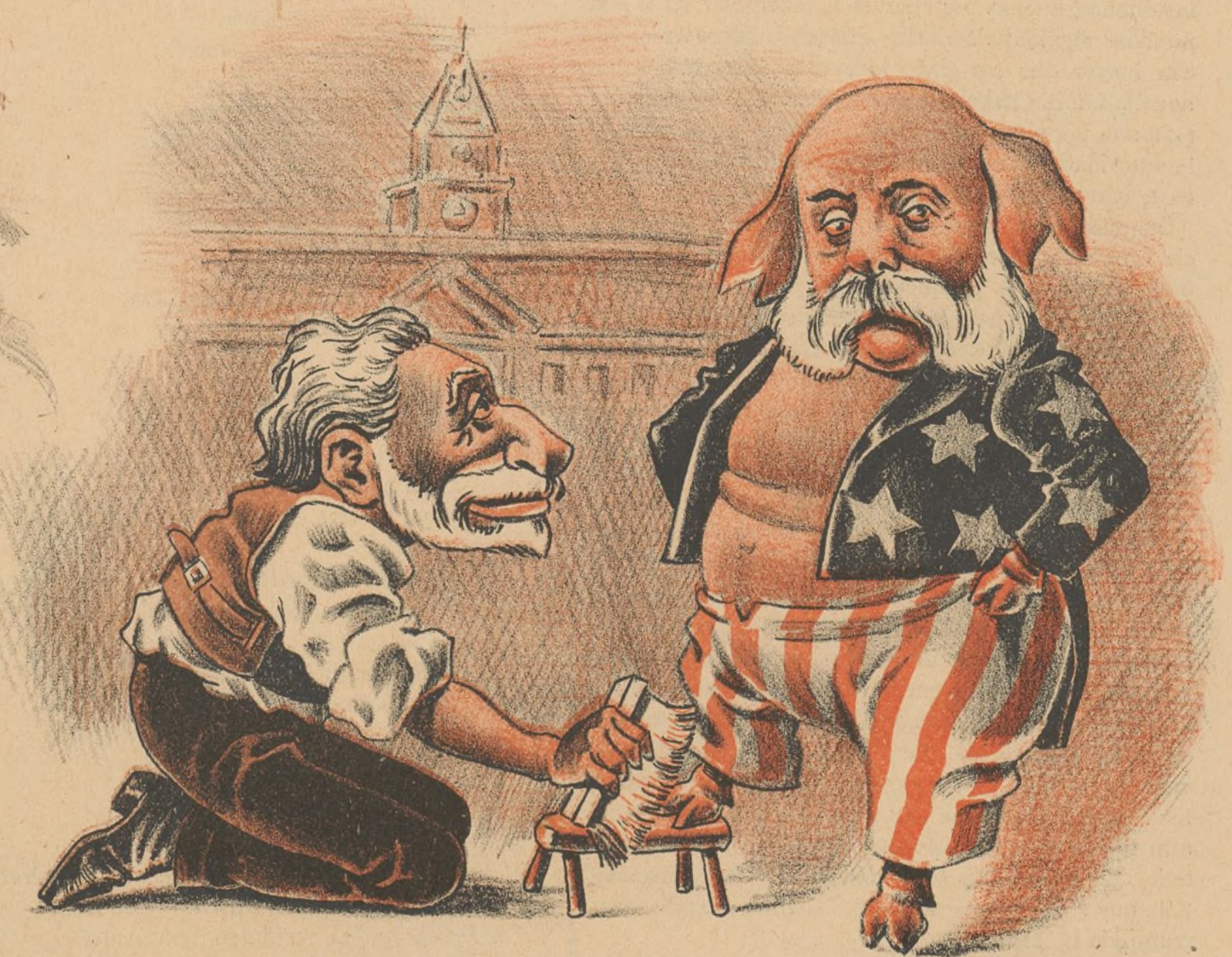
Pulvis eris.



¡VIVA CUBA ESPAÑOLA!



Por necesidad batallo, y una vez puesto en la silla, se va ensanchando Castilla delante de mi caballo...



¡Dale de betún, dale de betún a las botas!

sores de aquella administración solían en sus apologías citar al chiquillo como un testimonio vivo de la maternal solicitud de la misma.

Cuando la beneficencia oficial puso á Juan de patitas en la calle, hallóse nuestro héroe con el cielo por techo, la tierra por cama y la brisa por alimento. Como vivió entonces, él mismo no habría podido decirlo. Muchas ocasiones tuvo de perderse. Pero Juan había recibido de sus padres, á falta de otra herencia, una sólida probidad. Logró entrar de aprendiz en un taller, ejerció un oficio y ganó su vida. Al cumplir la edad reglamentaria, Juan metió la mano en el bombo fatal, sacó un buen número y quedó absorto á la reserva.

Juan amaba, ¿por qué no? ¿Es que para amar se necesitan rentas? Libre de la preocupación del servicio militar, se casó, y al año justo tuvo un hijo. A fuerza de fuerzas el joven matrimonio iba saliendo adelante. Mas sobrevino en esto un contratiempo nacional, que fué para Juan y los suyos una gran catástrofe. Los habitantes de cierta colonia lejana, disgustados de los funcionarios que les enviaba la metrópoli, ó por otras causas, se alzaron en abierta rebelión. La reserva á que Juan pertenecía fué llamada á las armas. Y á poco nuestro hombre se vió precisado á partir á tierras lejanas é inhospitalarias, dejando sumidos en la aflicción y el desamparo á los seres queridos de su alma.

Desembarcado apenas, cayó Juan enfermo de la fiebre é ingresó en el hospital. Pero el antiguo pupilo de la beneficencia provincial tenía la vida dura. Su robustez nativa resistió juntamente á la enfermedad y á la medicina. A las pocas semanas el novel soldado estaba sano y dispuesto á cumplir con su deber. Largo tiempo estuvo de operaciones, corriendo de aquí para allá y pasando mil trabajos sin topar con un enemigo para un remedio. A la primera acción en que intervino, Juan se batió como un león y ganó un balazo. La herida al principio no parecía grave. Por desgracia, la asistencia tenía que resentirse de la escasez de personal facultativo. A poco, la herida empezó á tomar mal aspecto, apareciendo síntomas de gangrena, y hubo que proceder con urgencia á la amputación de una pierna. Juan regresó á la tierra natal inválido é inútil.

Allí le aguardaba la noticia de que su mujer y su hijo habían sucumbido durante su ausencia á manos de la miseria y las privaciones, á pesar de los dos reales diarios con que el Estado atendiera espléndidamente á su subsistencia. Para subvenir á la propia, Juan tuvo que mendigar. Cierta es que el ministro de la Guerra, interpelado en el Parlamento acerca de esta gran vergüenza nacional, calificó la especie de calumniosa y sostuvo elocuentemente que la patria, agradecida, satisfacía con liberalidad las necesidades de los que se habían inutilizado en su servicio. Pero no es menos cierto que, á pesar de la elocuencia del ministro, nuestro inválido se vió precisado á seguir pidiendo limosna.

Como la competencia era en la ciudad excesiva, solía Juan arrastrar sus muletas por los arrabales y otros lugares semejantes poco frecuentados por sus compañeros de mendicidad. Llegó en cierta ocasión á una casa aislada, pidió hospitalidad por aquella noche, y los dueños, buenas personas, se la otorgaron. Al ir á la mañana siguiente á darles gracias y despedirse, vió con horror que los cinco individuos que componían aquella familia habían sido degollados. Petrificado estaba aún por el espanto cuando llegaron los agentes de la autoridad, detuvieron al vagabundo y le zamparon en la cárcel como autor presunto del crimen.

De poco le valieron á Juan sus protestas de inocencia. Una serie de coincidencias fatales ofuscó la vista, de ordinario tan perspicaz, de la justicia histórica, y convirtió sus sospechas en engañosas certidumbres. El fiscal era un funcionario de habilidad suma. El defensor, nombrado de oficio, era un abogadillo novel y sin pizca de experiencia. En él concurrían todas las agravantes: abuso de confianza, alevosía, ensañamiento, nocturnidad. Conforme á la enormidad del crimen que se le imputaba, Juan fué condenado á muerte.

Mientras el reo aguardaba en la capilla el momento de la ejecución, todas las autoridades civiles y eclesiásticas de la localidad se esforzaban en alcanzar su gracia. Llegado el instante fatal, el pobre Juan, confortado por los consuelos de la religión y sostenido por la firmeza de una conciencia no culpada, se dispuso á arrostrar valerosamente aquella muerte tan ignominiosa como innecesaria. Para colmo de infortunios, el verdugo, novicio y poco experto en su digna profesión, hizo sufrir á la víctima una larga y horrible agonía. Y aún fué de todo lo más triste que Juan murió indultado. La gracia tan solicitada había sido concedida. Sólo que el telegrama no llegó á tiempo. Estaba interrumpida la línea.

Cuando años después fué descubierto, el verdadero culpable, la prensa tuvo algunas palabras de conmisericordia para la memoria de aquel inocente sacrificado por el error judicial, y aún es fama que el cura del ce-

menterio en que yacían sus restos, dijo sobre el hoyo grande un responso por el alma del finado. El autor del delito fué también condenado á la pena capital, pero esta vez hacia buen tiempo y el indulto pedido y otorgado llegó con oportunidad.

✱

Y ahora ¿dirás tú, lector incrédulo, que esta historia de Juan es una pura fábula? ¿Por qué? ¿Hay en toda ella algo de fantástico é inverosímil? ¿Cuál de los sucesos particulares que forman esta biografía encuentran imposible? ¿De cuál de ellos no te ofrece ejemplos la experiencia? ¿Por ventura, aquí, no caen del andamio los obreros, ni quedan en el desamparo los huérfanos, ni padecen hambre las familias de los reservistas, ni piden limosna los inválidos, ni se equivoca la justicia, ni el verdugo yerra, ni el telégrafo se interrumpe?

Si, por una legítima ficción, acumulamos ahora en cabeza de uno solo todas estas desgracias posibles y aun efectivas, es con el noble propósito de confirmar por un ejemplo la doctrina conservadora, según la cual, los hombres como Juan no deben tener intervención en los asuntos públicos. Porque, reflexionalo bien, á excepción de sus padres, de su mujer y de su hijo, de su pierna, de su pan, de su salud, de su vida y de su honor, nada absolutamente perdió Juan, en atención á que nada más tenía que perder.

ALFREDO CALDERÓN.

LANZADAS

Seguimos dedicando todas nuestras lágrimas á llorar la catástrofe del *Maine*.

No nos parecen mal esas manifestaciones de dolor.

Pero ¡oh corazones sensibles! acordaos también de las madres españolas que lloran la muerte de sus hijos, asesinados por las balas yankees.

Las autoridades norteamericanas han adoptado toda clase de precauciones para proteger al *Vizcaya*, durante su permanencia en el puerto de Nueva York.

Nosotros, correspondiendo á la atención, seguimos custodiando la casa de Woodford por fuerzas de la guardia civil.

Ambos hechos demuestran la cordialidad de relaciones que existen entre españoles y norteamericanos.

Las fiestas del Carnaval han resultado un poco «desiguales».

Y lo que dirá el alcalde:

¡Una, dos, tres!

¡Me equivoqué!

El Sr. Gullón «ha dado paz á su mano».

En esta semana no ha dirigido ninguna. Nota á los Estados Unidos.

¡Muy bien!

¡Así nos hemos evitado una nueva humillación!

¡Aleluyas finas! ¡Aleluyas finas!

Es el Sr. Capdepón un ministro de Alcorcón.

Es posible que Silvela se quede al fin á dos velas.

Ayer he visto á un esteta ¡y me pidió dos pesetas!

¡Pero hombre, si cónsul Lee es un solemne... yankee!

¡Dios nos coja confesados! ¡D. Pío se ha incomodado!

El pobre D. Segismundo ya no vive en este mundo.

Dice Romero Robledo: «yo no tengo á nada miedo.»

Nos ha dicho Castelar: ¡si yo me decidí á hablar!

Es el Sr. Puigcerver un ministro de alquiler.

Ya habrán leído ustedes en la *Gaceta*, el decreto de destitución del malogrado Sr. Dupuy de Lome.

¡Un *Delome* que ha resultado deslomado!

Dicen que el general Correa se nos marcha á Manila.

¡Hombre!

¡Pues no está ya en edad ese buen señor para irse á semejante sitio!

El Sr. Sagasta ha padecido estos días una de sus «carecidas» constipaciones.

Y ya saben ustedes cual es el sistema de D. Práxedes.

Se mete en la cama y Pablo Cruz estornuda.

El gobierno insular sigue sin decir esta boca es mía. Es decir, sigue dedicado al dulce descanso.

¡Pero, señor, qué á lo vivo están representando esos señores su papel de verdaderos ministros!

El Sr. Sagasta no ha querido aprovechar las fiestas del Carnaval para publicar el decreto de disolución de las Cortes.

Y es extraño.

Porque ciertas bromas son sólo tolerables en días como esos.

Es la unión conservadora como el reloj de Pamplona, que apunta y no da la hora.

Última hora.

Decididamente no hay crisis, ni la habrá Dios sabe hasta cuándo.

¡Que sea enhorabuena, D. Germán!

El Sr. Sagasta, al decir de *La Correspondencia*, ha desmentido «los pesimismos financieros de que se hicieron eco ayer en los centros bursátiles y políticos».

Era de esperar que el presidente del Consejo protestara de esos infundios.

Porque á nosotros nos consta que los tales rumores no tienen fundamento alguno.

Y que los señores ministros están muy bien de dinero.

La comparsa *Jose María* ha llamado mucho la atención estos Carnavales.

Dícese que la tal mascarada estaba formada por concejales y diputados provinciales tristemente conocidos.

El Sr. Polo de Bernabé, sucesor del Sr. Dupuy, se ha embarcado ya para los Estados Unidos.

¡Sr. Polo, mucho cuidado con escribir al Sr. Canalejas!

SERVICIO TELEGRÁFICO

(TELEGRAMAS «LINCHADOS»)

Habana 23.—(Por el cable directo, aún sin estrenar.)

Vivimos en el mejor de los mundos posibles. El Gobierno insular sigue dando pruebas de su amor á España. Sin embargo, no es cierto que haya hecho giro alguno contra el Tesoro de la Península. Tampoco es exacto que el Sr. Govin prepare ningún nuevo manifiesto. ¡Para el caso que los «señores» insurrectos han hecho del que escribió hace poco!...

Siguen las presentaciones de mambises sueltos. Ayer se han presentado un cabo y dos soldados. El hecho ha producido el mejor efecto en la capitania general. El protector de la prensa, Sr. Pando, sigue dedicado á divertir al respetable público con la conocida sorpresa: «el gato siempre detrás del ratón y nunca le encuentra.» Es decir, sigue «persiguiendo» al *generalísimo*, y nunca da con él.

«Competentemente autorizado» (como Domingo Blanco) puedo asegurar que no es exacto que el señor Gálvez proyecte quitarse las patillas, ¡El presidente no es capaz de atentar á tan «acreditados» alicientes de su hermosa fisonomía!

El Sr. Congosto, en complicidad con el joven Salcedo, continúa secuestrando la prensa peninsular. ¡Que la autonomía les sea leve á ambos!—*Un español*.

Nueva York 24.

(Este cablegrama no nos ha sido sustraído á pesar de venir de la capital de la *gran* República norteamericana. ¡No salimos de nuestra *apoteosis*!)

Ayer se ha celebrado un gran meeting en el departamento de Cerdópolis, para protestar (!) de la catástrofe del *Maine*.

Uno de los oradores dirigió graves ataques á la Providencia, siendo muy aplaudido.

Mr. Puero, que presidía la reunión, se permitió hacer algunas insinuaciones malévolas referentes á la pérdida del crucero norteamericano. He aquí sus palabras:

«Hay que desconfiar siempre de todo y de todos. Sabido es que los españoles nos distinguen con su antipatía. ¿Por qué no creer que ellos, de acuerdo con la Providencia, han sido los autores de la catástrofe?» (Gruñidos de satisfacción.)

En la reunión se tomó el acuerdo de dirigir una carta de felicitación por su heroica actitud al *generalísimo* Máximo Gómez.

Imprenta de Antonio Marzo, Apodaca, 18.